

Una tarde de julio

Tal como lo recuerdo, el Santurce de mi niñez era un pueblecito de pescadores y obreros donde apenas pasaba nada. Los inviernos eran largos y monótonos, pero yo me entretenía con cualquier cosa. Recuerdo que llovía mucho, y que una de mis diversiones preferidas consistía en sentarme en un sillón de mimbre que había en el mirador, para curiosear la calle y ver cómo los tranvías iban y venían cada cuarto de hora. Lo que más me llamaba la atención eran los vagones de carga, y sobre todo uno de averías que llevaba una especie de torreta que subía y bajaba con un hombre dentro. Unas veces fisgoneaba y otras me ponía a leer tebeos y a hojear la colección de *Blanco y Negro*, que traía siempre muchas fotos de la guerra de África y de la familia real. Me impresionaba mucho una foto del Barranco del Lobo, donde decían que habían muerto muchos soldados españoles. Este verano lo vi por primera vez, desde el parador de Meli-lla, y sentí una gran tristeza.

Algunas tardes, engatusaba a mi madre para que me dejara ir a jugar a casa de Tola, el hijo de unos emigrados rusos que vivían cerca, y allí, en el comedor, su institutriz nos ayudaba a construir -con unas tablitas, unas hojas de papel, tela y un frasco de pegamento- unos aviones muy bonitos, que luego, cuando hacía bueno, echábamos a volar en una campa de las afueras.

A veces, en las noches de invierno, sonaban a lo lejos las bocinas de los barcos, pidiendo auxilio en la oscuridad. Con los temporales, alguna embarcación terminaba siempre estrellándose contra el rompeolas, o embarrancando en la playa de Algorta, y en esos casos nos solían llevar de paseo a ver el barco hundido. Para los niños era muy emocionante contemplar cómo las oías zarandeaban el buque acostado contra las rocas, mientras los embates del mar hacían crujir el casco con una especie de gemido metálico. Además, nunca faltaba algún marinero viejo que nos contase historias de naufragios, o hasta nos hiciera ver ahogados imaginarios flotando entre dos aguas. Por desgracia, la mar se cobraba de vez en cuando víctimas de verdad, y entonces el pueblo entero se conmovía con

la tragedia, aunque los pequeños apenas nos dabanjios cuenta de nada.

Los jueves y los domingos «echaban» unas películas mudas en el cine del Círculo Católico. La entrada costaba diez céntimos, y las películas se cortaban cada dos por tres, pero los chavales lo pasábamos en grande con las aventuras de Tom Mix, la mano que aprieta y el fantasma del Louvre, y me imagino que mientras tanto nuestros padres se quedarían en la gloria.

Durante los veranos, se hacía mucha vida al aire libre. Patinábamos por el parque, jugábamos a las canicas y a las chapas, nos escondíamos detrás de los arbustos o de los árboles, y a ratos montábamos en bicicleta por la calle de la estación, que era muy tranquila. De vez en cuando, ¡también hacíamos excursiones al monte Serantes o a Ciérvana, pero sobre todo correteábamos mucho por el puerto, donde dábamos la lata a los pescadores y a las sardineras, que terminaban siempre echándonos con cajas destempladas. Algunos días, también nosotros nos poníamos a pescar desde las escalerillas. Improvisábamos cañas con mangos de escoba, a las que servía de sedal un poco de hilo blanco, y hacíamos los anzuelos con alfileres doblados y un pedacito de pan por toda carnada, que los pececillos devoraban naturalmente al momento, sin picar jamás donde debían. alguna vez pescábamos un panchito y eso nos llenaba de gozo. La verdad es que tuve una niñez feliz.

En ocasiones, las niñeras nos llevaban a las procesiones o a las romerías, que abundaban en verano y nos divertían, pero lo más apasionante de todo eran, sin duda, las regatas de traineras. En las regatas, los remeros de Santurce medían sus fuerzas con las famosas tripulaciones de Orio, de Pasajes y otras no menos importantes. Las victorias se celebraban con música, cohetes, comilonas y alguna borrachera que otra. De todos modos, ganáramos o perdiéramos, los entrenamientos y las incidencias de la regata -cómo se había tomado ésta o aquella ciaboga, qué tal había aprovechado el patrón las corrientes y la marea durante la prueba, cómo bogaron fulano o mengano}-daban pie a comentarios y discusiones, o incluso a riñas que, no obstante, a fin de cuentas no hacían sino avivar la llama del orgullo local.

Una vez -no sé la fecha con exactitud, pero podría haber sido hacia la mitad de la dictadura de Primo de Rivera, cuando yo tenía seis o siete años-, llegó a pasar por el pueblo nada menos que Su Majestad el Rey Alfonso XIII, al que recuerdo perfectamente en un automóvil abierto, con uniforme de marino, saludando a la gente muy simpático. Por aquel entonces, me imagino que con motivo de apoyar a la Unión Patriótica -a la que mi padre se había apuntado- también hizo acto de presencia el general Primo de Rivera. Lo que mejor recuerdo de su visita es que los niños de la escuela estábamos esperándole en la puerta de la estación, taponando la salida. Cuando por fin llegó el tren, de pronto apareciendo dos guardias civiles abriendo paso al general. Al hacernos a un lado, uno de ellos, que entonces se me antojó enorme y brumal, me dio en la cara con los botones del puño de charol de su uniforme de gala, y me hizo un raspón en la mejilla que me estuvo escociendo todo el día. Fue! mi primer encuentro con la fuerza pública, y no precisamente muy afortunado!

Poco después, y como para compensarme de aquella desagradable experiencia, vino a almorzar a casa el Gobernador Civil de la provincia. Naturalmente, ese día la escolta me trató muy bien, y hasta me dieron una vuelta por el pueblo en el coche oficial. Por la tarde, sin embargo, el Gobernador se tuvo que volver a Bilbao por la ría, en un *gasolina* -que así llamábamos entonces a las motoras de lujo-, porque al parecer los obreros de las fábricas habían cortado las carreteras.

Que yo recuerde, éste fue el primer conflicto político del que tuve noticia. La realidad es que los hechos no ocurrieron en Santurce mismo, porque allí la clase obrera no pesaba tanto como en Sestao o Baracaldo. Por aquel entonces, el barrio de Las Viñas, que era nuestro barrio obrero, se encontraba todavía en minoría y un poco aislado, frente a una comunidad de pescadores con mucho arraigo en el pueblo, y asimismo frente a un importante núcleo de nacionalistas vascos de clase media y un grupo de empleados, comerciantes, profesionales y pequeños empresarios que, en su gran mayoría, tampoco eran de izquierdas. En otras palabras, aunque aquel Santurce no fuera el paraíso infantil que yo he idealizado en mi imaginación, lo cierto es que la convivencia y la cordialidad se mantuvieron bastante vivas en el pueblo hasta la guerra civil. Y no me atrevo a decir que incluso después, porque a la postre en una guerra civil acaban ocurriendo cosas terribles, aunque nadie o casi nadie las desee.

En Santurce, ni qué decir tiene, existían problemas políticos y diferencias de clase. Cuando discutíamos por algo, o nos peleábamos a la salida de la escuela, a mis amigos y a mí, que pertenecíamos a la minoría acomodada del pueblo, los demás nos llamaban «riquillos». Sólo que, a la postre, lo importante era que como todos íbamos o habíamos ido juntos a la misma escuela, esos roces nunca pasaban a mayores.

A última hora, y a eso es a lo que deseaba llegar, el Santurce de aquella época tenía un talante tan liberal que en él, asómbrense, los curas y los seminaristas acostumbraban a tener controversias públicas con los ateos del pueblo, a propósito de la existencia de Dios o de otras cuestiones parecidas. Por supuesto, de esas reuniones todo el mundo salía con las mismas convicciones con que había entrado; pero no deja de ser notable que las controversias se celebraran sin que nadie se enfadase demasiado y sin que jamás llegase la sangre al río. A la postre, insisto, lo que pasaba es que casi todo el mundo se conocía y se trataba, a pesar de las diferencias religiosas, políticas o de clase social, que ciertamente existían. Yo mismo, por ejemplo, iba a jugar muchas tardes a casa del hijo de Eguidazu, un ingeniero comunista que era amigo de mi padre -monárquico de toda la vida- y también de la Pasionaria, a la que por cierto Eguidazu ayudó a escapar cuando la revolución del 34.

En más de una ocasión he pensado que quizá el estallido de la guerra civil nos pilló tan de improviso a los santurzanos, precisamente porque el clima de confianza en que vivíamos no nos dejó ver con claridad las señales que anunciaban el desastre. En cualquier caso, y por si mi propia experiencia personal valiese de algo, trataré de contar lo mejor que sepa por virtud de qué acontecí-

mienós, si es que pudo haber virtud en ellos, un día de julio, que había empezado igual que otro cualquiera, terminé viéndome envuelto en lo que me vi.

Los primeros chispazos

Saber de antemano que uno parte para la guerra de los treinta años, como aquel personaje de Eduardo Marquina, resulta harto difícil. Visto ahora, a toro pasado, no cabe duda de que muchos de los acontecimientos que conservo en la memoria podría haberlos interpretado ya entonces como claras señales de lo que se avecinaba: pero la realidad es que no lo hice -mucha otra gente tampoco-, y quiero explicarles por qué. Pondré algunos ejemplos.

Tendría yo unos ocho o diez años -a finales de la década de los veinte-, cuando una noche empezó un tiroteo bastante intenso a la hora de cenar. Los disparos, de mosquetón y pistola, según mi padre, parecían venir de un fuerte, hoy abandonado, que había en la cima de un monte próximo al pico de Serantes. En efecto, a la mañana siguiente nos enteramos por el propio capitán del fuerte, que vivía en el piso de arriba, de que realmente algunos grupos revolucionarios habían intentado tomar el bloqueo por sorpresa, tratando probablemente de hacerse con la armas y municiones que se guardaban en el polvorín. Por fortuna, todo quedó en una escaramuza sin excesivas consecuencias y, finalmente, tras algunas detenciones y sospechas, el asunto se archivó, cesaron las habladurías y todo pareció volver a la tranquilidad.

Uno de esos episodios que entonces no entendí, pero que no obstante jamás he olvidado, fue también la sublevación de Galán y García Hernández, aquellos dos capitanes de la guarnición de Jaca que se levantaron contra la Monarquía antes de tiempo y fueron fusilados por ello. Me parece estar viendo sus fotos en los periódicos y el revuelo que se armó con ese motivo, aunque al final todo quedara nuevamente en agua de borrajas.

Otro suceso, en cierto modo relacionado con los anteriores, y que tampoco he olvidado, fue el incendio de la parroquia, donde yo había hecho la primera comunión. La cosa ocurrió no mucho después, me parece, de la proclamación de la República -que por cierto se celebró un mediodía, con música y bailes populares en el parque del pueblo-. Mientras la gente del pueblo saltaba y cantaba, recuerdo que a mi padre se le humedecieron los ojos y murmuró algo así como «esto terminará mal» o una cosa parecida. Por descontado, no volví a pensar en ello, pero lo cierto es que algún tiempo después, mientras jugaba una tarde en el parque, vi de pronto cómo salía humo negro del tejado de la iglesia. En seguida comenzaron a estallar las vidrieras y a asomar las llamas por los ventanales, hasta que al fin llegaron los bomberos, cuando ya se había quemado casi todo. Por el pueblo se corrió la noticia de que unos desconocidos habían prendido fuego al templo, después de rociarlo de gasolina sin que nadie se lo impidiera. Esta vez, el hecho provocó un profundo malestar en la mayoría de la gente, y aunque al cabo de algún tiempo las aguas volvieron en apariencia a su cauce, posiblemente lo hicieron ya un poco más turbias que solían. Pero, de to-

dos modos, si alguien nos hubiera hablado entonces de guerra civil le hubiésemos tomado por loco.

No obstante, un par de años más tarde, una noche de octubre de 1934 por más señas, el pueblo fue sorprendido por un inesperado y fugaz conato de revolución. Resulta que los socialistas y otros grupos de izquierdas se echaron a la calle porque no podían permitir que, después de ganar las elecciones, la *CEDA*, el partido de Gil Robles, hubiese formado un Gobierno de derechas. Aquella noche, pues, mientras todos dormíamos, un verdadero estruendo de tiros y bombazos nos hizo saltar de la cama. Nos juntamos toda la familia en una habitación, y allí permanecemos, haciendo cabalas y bastante asustados, hasta que se acabó el zipi-zape; sin que, por otra parte, como digo, nadie tuviera la menor idea de lo que estaba pasando. Por la prensa supimos luego lo que había sucedido, es decir, nos enteramos de que la revolución había fracasado en todas partes, excepto en Asturias, donde duraría aún varias semanas hasta que el Ejército acabase con ella.

Al cabo de unos meses, los alumnos de cuarto curso del Instituto de Portu-galete, hicimos una excursión por el norte de España y, entre otras ciudades, visitamos Oviedo. La ciudad conservaba todavía frescas las cicatrices de los combates, y allí pudimos comprobar sobre el terreno la gravedad de los desórdenes. Pero teníamos catorce años y, pasada la primera impresión, muy pronto dejamos de darle vueltas al asunto.

En nuestro Instituto, del que guardo un recuerdo entrañable, apenas se hablaba de política. Tan solo el año 36, cuando yo estaba en sexto, se incorporó a clase un chico nuevo. Una mañana nos explicó que era falangista y, con gran misterio, nos enseñó una pistola que me pareció enorme, en comparación con una del 6,35 que había en mi casa. Alguna que otra vez intentó hablarnos de la Falange, pero lo cierto es que nadie, que yo sepa, le hizo el menor caso, y así nos separamos, tan tranquilos, al terminar el curso, sin imaginar ni por lo más remoto que nunca más volveríamos a verle. Es lo que ocurrió. Muchos años después, supe por alguien que el pobre muchacho había muerto en la toma de Bilbao.

La ciudad alegre y confiada

Lo lógico hubiera sido que todas esas cosas me hubiesen alarmado. No fue así. En el círculo en que yo me movía puedo dar fe de que la guerra llegó de pronto, sin que nadie la esperara. De todo mi curso, sólo Gopegui, el muchacho a que acabo de aludir, barruntó lo que se avecinaba. Los demás seguimos viviendo en el mejor de los mundos hasta el final, a pesar de que al final de la República la situación se había deteriorado ostensiblemente.

En relación con esto, y para que el lector se dé cuenta de nuestro nivel de insensatez, me viene ahora a la memoria un episodio disparatado del que fui protagonista, junto con dos o tres amigos más, ya en las postrimerías de la República. Por aquel entonces, los ánimos estaban ya bastante excitados, hasta el punto

de que una noche asesinaron a un joven, en pleno baile, por motivos políticos. Me acuerdo de que, en aquellos últimos meses, rara era ya la noche en que no se escuchaban disparos. A pesar de lo cual, insisto en ello, ninguno de nosotros, quiero decir, ni mis amigos ni yo, llegamos a tener la menor conciencia de la gravedad del momento. Es más, creo que en nuestro desatino hasta encontrábamos divertida la situación.

Un día, por ejemplo, la temible banda de Dick Turpin a la que yo pertenecía con otros dos o tres amiguetes más -y que traía mártir al pobre Jefe de la Estación, que Dios tenga en su gloria-, decidió poner unos petardos en las inmediaciones de la Iglesia, a la hora del rosario, con la santa intención de asustar a las beatas. Y así, tal como lo pensamos, lo hicimos. Los petardos, cuatro o cinco, explotaron a su tiempo con gran estrépito, y entonces el padre de uno de los conjurados, que estaba en el pórtico de la parroquia haciendo tiempo para entrar, al oír las explosiones dijo visiblemente asustado: «*Chicos, vamonos a casa, que son del nueve largo*». Es So que hicimos, claro, muertos de risa por dentro, sin sospechar que muy pronto la broma iba a dar paso a la tragedia, y que precisamente el capitán de nuestra inocente cuadrilla iba a ser asesinado no lejos de allí.

En suma, no hay duda de que hoy, a medio siglo de distancia, poca gente vacilaría en asegurar que esos incidentes eran presagios de los graves niales que se cernían sobre nosotros. Pero en aquéllos momentos casi nadie les atribuyó la importancia que en realidad tenían: y mucho menos que nadie, por supuesto, los chicos de mi edad, que como es lógico andábamos pensando en las musarañas y en las niñas del Instituto. De ahí que la tarde del 18 de julio, muy pocas horas, minutos antes de que empezara todo, ni yo ni mis amigos tuviéramos la menor sospecha de lo que se nos venía encima. Pero esa es la verdad.

Lo más grave es que, según parece, muchas personas que en principio deberían haber estado al tanto de las cosas, tampoco se enteraron muy bien, o no quisieron decirlo. Hay un número Almanaque de la Revista *Blanco y Negro*, me parece que de 1935, donde se recogen las opiniones y pronósticos que, sobre la situación política española, aventuraban unas cuantas personalidades de la época. De todos los personajes, tan solo el Conde de Romanones dio señales de adivinar lo que se estaba fraguando, o se atrevió a decirlo.

Puede que entre los mayores existiera una preocupación que no dejaban traslucir ante nosotros. Es posible. Tampoco niego que hubiese grupos políticos e intelectuales que expresaran su inquietud públicamente. Por ejemplo, un mes antes del 18 de julio, don Miguel Maura publicó unos artículos denunciando la pendiente suicida por la que estaba a punto de precipitarse España. Pero cabe sospechar que vislumbres como la de Maura no debían ser muy frecuentes cuando, en un discurso pronunciado el 25 de julio de 1936, don Indalecio Prieto se sintió en la obligación de manifestar lo siguiente: «Quienes hayan leído mis últimos artículos en el diario donde habitualmente escribo (*El Liberal*, de Bilbao), parte de los cuales fueron reproducidos por la Prensa de Madrid, comprenderán que en lo que está actualmente ocurriendo en España no puede ha-

ber para mí el factor de la sorpresa. Porque en esos artículos me cuidé, con reiteración machacona, de advertir la existencia del peligro, de marcar sus dimensiones... Tomaron muchos este reiterado aviso mío como una expresión de pesimismo temperamental, que no niego, y menos he de negar ahora, porque el reconocimiento de ese defecto mío -es posible, así lo aguardo- dará más valor a mis palabras. Y, supusieron otros, que todo ello obedecía a una maniobra política, que figuraba entre mis designios, pero cuya finalidad no lo lograba yo alcanzar, ni nadie, con un sentido de la realidad, podía adivinar».

De los labios de alguien que precisamente era ministro de aquellos días, supe yo muchos años más tarde cuánta verdad encerraban las palabras de Prieto. Todavía el 17 de julio, con la sublevación del Ejército de África en marcha, se obstinaba el Gobierno en quitar importancia al asunto, sosteniendo la tesis de que se trataba de una cuartelada más. Naturalmente, no tengo la certidumbre absoluta de que fuera así. Pero, en cierto modo, eso es lo que deja traslucir la nota que el Gobierno dirigió por radio al país en la misma mañana del 18 de julio y que, con un escalofriante sentido de la irrealidad, terminaba diciendo: «El Gobierno de la República domina la situación y afirma que no tardará muchas horas en dar cuenta al país de estar normalizada la situación» (*sic*).

Alguien podría argüir que, pensara lo que pensase para sus adentros, de puertas afuera el Gobierno no podía decir otra cosa distinta de la que dijo. Es muy probable. Ciertamente, después del asesinato de Calvo Sotelo por miembros de sus propias fuerzas de seguridad, el Gobierno de la República no podía ignorar la gravedad de la situación, y no la ignoraba. Tengo entendido que un día o dos antes de la sublevación, hubo conversaciones entre Martínez Barrios y el general Mola, quien parece ser que estaba dispuesto a no seguir adelante si se formaba un Gobierno de coalición en el que entraran ciertas personas de su confianza. Por motivos que desconozco, el proyecto no cuajó, y cuando el 18 de julio por la mañana Martínez Barrios y Sánchez Román iban a tomar posesión de sus cargos, como Presidente del nuevo Gobierno y Ministro sin cartera respectivamente, al llegar a Cibeles ambos se encontraron con los milicianos en la calle, los militares sublevados y Largo Caballero en otro Ejecutivo que se había formado durante la noche. Las sorpresas, pues, tampoco fueron pequeñas en las alturas.

El shock

En Santurce, el telón se levantó media hora tarde. Por lo demás, me consta que ocurrió lo mismo en muchos otros sitios, incluidos algunos pueblos de la Sierra próximos a Madrid, como Miraflores, donde veraneaban miembros del Gobierno. En cualquier caso, en Santurce, digo, la mañana del 18 de julio fue, al menos en apariencia, igual que otra cualquiera. Con Alphonsine War, yo podría repetir. *«Fue una día feliz. Un día como otro cualquiera. En aquel tiempo yo era feliz todos los días»*. Como quiera que fuese, en mi memoria no ha quedado el menor rastro de esa mañana, lo cual me hace suponer que no debió de

ocurrir nada importante. Como para los estudiantes era época de vacaciones, lo más probable es que me hubiese ido a la- playa, o estuviera haciendo vela con algún amigo. Pero la verdad es que no lo sé. En cambio, de lo que pasó por la tarde sí que me acuerdo.

Ese 18 de julio caía en sábado, y se festejaba algo así como la «repetición» de la Virgen del Carmen, patrona de los pescadores: uria fiesta muy señalada, que en mi casa se celebraba mucho porque era también el santo de mi hermana. Hacía buen tiempo y, desde las primeras horas de la tarde, ya había gente paseando arriba y abajo por la calle de la estación. El paseo estaba envuelto en una mezcla de polvo, ruidos de la feria y olor a churros. Igual que otras veces, el rumor de las conversaciones de los mayores se mezclaba con el griterío de los pequeños, con las sirenas de los tiovivos, las detonaciones del tiro al blanco y las voces de los charlatanes. Al revivir la escena en mi imaginación, me parece estar escuchando a la banda municipal, mientras las parejas bailaban, tal vez *Mi jaca*», alrededor de un quiosco. En cualquier caso, de lo que estoy seguro es de que cuando me fui a Portugalete, a eso de la media^ tarde, en Santurce todavía no pasaba nada, o no me hubiera ido.

Aquel día, yo había quedado en salir con una nita del Instituto, y tenía que ir a buscarla a Portugalete a eso de las seis o las seis y media. Tuve que tomar el tranvía porque se me había hecho un poco tarde, pero por fin recogí a mi amiga y nos fuimos a dar una vuelta, tan tranquilos, por uif paseo marítimo algo apartado del centro, al que llamábamos «el muelle d^ tablitas». Anduvimos un buen rato por allí y luego nos sentamos en un banco! a charlar Dios sabe de qué. Como era de prever, se nos fue el santo al cielo y para cuando quisimos darnos cuenta era ya de noche. Un tanto apurados, nos volvimos de prisa y corriendo, pues por las calles no se veía ya un alma. Así es que deje a mi amiga en el portal de su casa y tomé el camino de la mía.

Se había hecho tarde también para mí, y decidí no esperar al tranvía, que además, como sucedía a menudo, tampoco daba señales de vida. En vista de ello, en lugar de volver a Santurce por la carretera principal, que era más larga, me fui por otra muy solitaria, pero más directa, y en menos de veinte minutos me planté en casa. Como es lógico, por el camino tampoco me crucé con nadie, pero no me extrañó. A las once de la noche, lo natural era que aquellos parajes estuvieran desiertos.

Por fin, llegué. Abrí la cancela del jardín y, pensando en el sofión que me aguardaba, apreté el timbre. Contra la costumbre! abrió la puerta mi padre. Desde el primer momento noté que sucedía algo. Mi padre estaba excitadísimo, y yo no salía de mi asombro: al fin y al cabo un retraso tampoco era para ponerse así. Tardé un rato en entender de qué me hablaba. Por fin comprendí que, al anoecer, mientras yo estaba de paseo, se habían presentado en casa unos milicianos armados con escopetas y pistolas. Enseñaron a mis padres unos papeles de no sé qué comité, entraron por la fuerza, y despups de revolverlo todo, requisaron el coche, la radio, una escopeta de caza y algunas cosas más. Al irse, preguntaron por mí y amenazaron con volver para llevarse a mi padre, cosa que no

hicieron en aquel momento, pero que harían después. Por ello, al ver que pasaba el tiempo y yo no regresaba, mi familia se imaginó lo peor.

Afortunadamente, volví. Pero aquella noche comenzó una pesadilla que me marcó de por vida. Ya me hago cargo de que muchas otras familias españolas podrían contar historias parecidas a la mía, o peores: unas de un lado y otras del otro. Lo sé. Pero no por ello dejará de ser cierto que, para mí y los míos, aquella noche significó el comienzo de una etapa de terror que sólo concluiría, once meses después, con la llegada de las tropas nacionales. A nadie podrá extrañarle que me uniese a ellas. Finalmente, ganamos. Pero ni mi casa ni yo volvimos a ser jamás como habíamos sido antes de aquella tarde de julio.

J. L. P.*

* Catedrático de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid.